

Número 66

REPUBLICA DE COLOMBIA

Mayo 1.º : 1911

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMXI

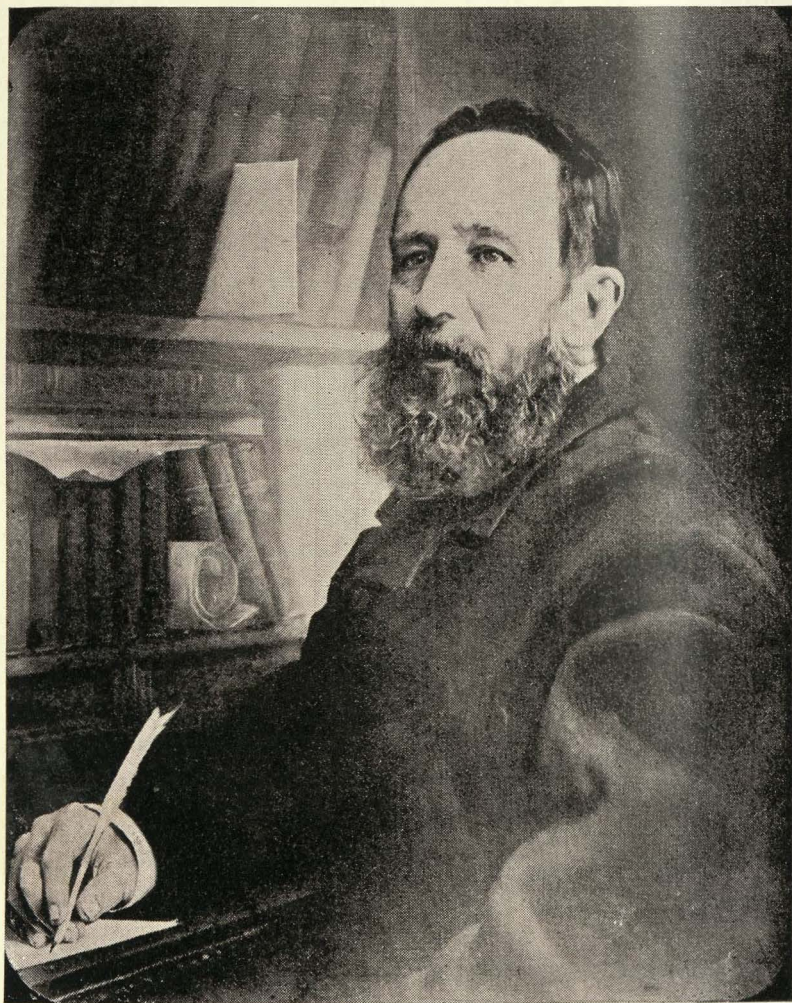
CONTENIDO

SOBRE RICARDO CARRASQUILLA.	
Carta íntima.....	JOSÉ MANUEL MARROQUIN Presbítero
Respuesta.....	R. M. CARRASQUILLA
Apuntamientos.....	J. MANUEL MARROQUIN
Adiciones.....	R. M. C.
Dos cartas.....	MARIO VALENZUELA y JOSÉ MARÍA ROCHE
SOFISMAS ANTICATÓLICOS.....	RICARDO CARRASQUILLA
COPLAS ESCOGIDAS DE CARRASQUILLA :	
A Pilar	
Mi vida en Chía	
Moderado	
A Diego Fallon	
Autógrafos	
Grandeza	
Retratos	
Cumpleaños	
Brindis	
Yerros de imprenta	
JUICIOS SOBRE CARRASQUILLA.....	{ MANUEL POMBO SANTIAGO PEREZ JOSÉ JOAQUÍN ORTIZ M. A. CARO JOSÉ MARÍA SAMPER JOSÉ CAICEDO ROJAS N. MENENDEZ Y PELAYO
LITERATURA HOMEOPÁTICA.....	R. CARRASQUILLA
MÁXIMAS DE DON RICARDO CARRASQUILLA.	



Universidad del
Rosario





R. Carrasquilla

Cuadro de Epifanio Garay — Fotograbado de Pedro Carlos Manrique

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de Mayo de 1911

Sobre D. Ricardo Carrasquilla

Bogotá, Marzo 7: 1911

Al señor Canónigo Doctor Don Rafael María Carrasquilla—S. M.

Muy querido doctor:

En un legajo de papeles de mi padre, rotulados de su puño y letra "Cosas inéditas no publicables," hallé los adjuntos *Apuntamientos sobre Ricardo Carrasquilla*. El cariño y la veneración que me ligan, tanto al *apuntador* como al *apuntado*, y el muy justo deseo de que su memoria no se pierda, me han hecho creer que Usía pudiera darles cabida en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.

Como, según el autor, se trata de una cosa "no publicable," dejó á Usía el cuidado de resolver ese caso de conciencia, y me repito su afectísimo seguro servidor y amigo,

JOSÉ MANUEL MARROQUIN
Presbítero

Bogotá, 10 de Marzo de 1911

Señor Presbítero Doctor Don José Manuel Marroquin

Mi querido amigo:

El delicioso escrito de su padre, referente al mío, ha sido leído y releído con el doble interés que me producen el *biografado* y el biógrafo. Reciba usted mis agradecimientos cordialísimos por el envío de esos papeles, que han refrescado con brisas de mi pasada juventud el ardor afanoso de la hora presente.

Me hace usted en su carta un favor y un disfavor: me envía los *Apuntamientos* para que los publique en la REVISTA; me deja la

responsabilidad de darlos á la estampa, contra la voluntad de su autor. Eso se llama sacar la brasa por mano ajena. Está usted haciendo del mono y yo del gato de la exquisita fábula de RICARDO CARRASQUILLA. Verdad es que entre los dos casos hay diferencia sustancial: el micho del apólogo se escalda los dedos en provecho ajeno; yo, en el propio. ¿A quién conviene como á mí el elogio de mi padre, el engalanar la REVISTA con un artículo inédito de Marroquín?

Voy á estudiar el caso de conciencia, aunque acaso lo resuelva mal, por ser parte en el pleito. Si el legajo del señor Marroquín tuviera este rótulo: "Cosas inéditas que no quiero publicar" ó "que no deben publicarse," la cuestión sería clara, y no consentiría en dar á luz aquellas páginas, á pesar de mis deseos. Pero el autor califica sus papeles de "no publicables"; es decir, no dignos de la publicación. Parece que aquí hay un juicio del entendimiento, no un mandato de la voluntad; y si es preciso conformarse con la de los muertos, no hay obligación de estar a corde con ellos en el concepto que forman de sus propias obras. Virgilio quiso que sus herederos quemaran *La Eneida*, por mala é incompleta. Augusto es bienhechor de la humanidad por no haber pensado con el poeta mantuano, en asunto de tamaña importancia.

¡Buen santo padre cito, con recordar á Augusto! Pero es de tener en cuenta que el pecado original no extinguió, aunque sí dejó flaca, la razón natural; que los grandes hombres de la antigüedad alcanzaron muchas verdades; que San Agustín es, en algunos puntos, discípulo de Platón, y Santo Tomás no se abochorna de llamar á Aristóteles *el filósofo* por excelencia.

Pero si la voluntad del padre de usted no lo obliga, su juicio en materias literarias tiene peso tál, que es temeridad apartarse de él sin gravísimas razones. Cuando don José Manuel Marroquín juzgó que una cosa no era publicable, ¿quién se atreverá á darla á la prensa?

Desgraciadamente no podemos preguntarle al autor la razón de aquella sentencia *ex-cathedra*; pero yo que lo conocí, y lo traté y lo quise tanto, creo adivinar las razones de su dictamen, que son, á mi rudo entender, las siguientes:

1.º Don RICARDO CARRASQUILLA murió dejando en pos de sí una suave auréola de cristiano, de apologista católico, de orador

eminente, de poeta regocijado y purísimo, de sabio educador de varias generaciones de hombres buenos. ¿No es empañar aquella dulce memoria, medio esfumada ya, recordar los pormenores, los rasgos humanos de CARRASQUILLA, indicar los lunares de la radiosa figura?

2.º El escrito de Marroquín va al correr de la pluma, sin retoques, sin segunda lectura. ¿Podría resignarse el eximio hablante á dejar correr aquellas páginas sin volverlas segunda y tercera vez á la fragua de su erudición literaria? Se ve, además, que el padre de usted pensó en honrar algún día la memoria de su amigo dedicándole un estudio digno de uno y otro, y no creyó publicable el mero proyecto, el esqueleto de la obra acariciada en su mente.

3.º En el borrador de Marroquín, para ensalzar el carácter y la nobleza de CARRASQUILLA, se hallan anécdotas con nombres propios, que no favorecen á personas que aún viven, ó que tienen hijos á quienes el rasgo, publicado por la imprenta, podría lastimar más ó menos.

Al primero de los antedichos reparos opondré que la historia y crítica modernas más se pagan de los pormenores íntimos, de los hechos menudos, que de las acciones externas y aparatosas. La escuela pseudo-clásica francesa, con Boileau á la cabeza y Voltaire de reata, mandó no contar á la posteridad sino lo que es digno de la posteridad; frase tonta que supone que los hijos de cada generación han de ser unos señores tan estirados y formalotes que no quieran saber sino las guerras, los tratados públicos, los cambios de fronteras. Y, sin embargo, hoy nos interesa más el libro *Napoleón íntimo* de Masson que el *Consulado y el imperio* de Thiers. Si la historia es "advertencia de lo porvenir" como dijo Cervantes, los de ahora, hombres de carne y hueso, necesitamos saber cómo eran los hombres de hueso y carne que nos precedieron. Un retrato sin sombras es el peor de los retratos. Sólo una figura resalta en plena luz: la de Nuestro Señor Jesucristo. Pero los mortales no la alcanzaríamos á ver si no le sirvieran de fondo los fariseos, Pilato, Herodes: el hipócrita, el sirvo del humano respeto, el mundano sin entrañas.

Por lo tocante á la segunda razón que supongo aduciría el autor de los *Apuntamientos*, respondo que nada como este escrito

hace brillar las singulares dotes del señor Marroquín como observador, como sicólogo, como crítico y aun como hablista. Esos apuntes son el retrato fidelísimo de una alma, la evocación de un hombre, que vuelve al mundo de los vivos veinticinco años después de su muerte; es, en lo literario, lo que en lo pictórico la imagen de mi padre pintada por Epifanio Garay, que conservo en la sala de mi casa.

No piensa y escribe así sino un observador profundo y perspicaz, un conocedor de almas. Y si retratar á cualquier persona con la pluma es magna empresa, sube la dificultad de punto al tratarse de quien, como mi padre, fue un carácter lleno de contrastes: no ejemplar de una clase entera, ni tampoco provisto de notas acentuadas que lo distinguieran fuertemente del común de los hombres. El señor Marroquín elige el rasgo, la anécdota que basta á su propósito; no insiste, no retiene. Es el *ne quid n. mis*, secreto principal del arte griego.

En la forma externa, las *Especies sueltas sobre RICARDO CARRASQUILLA* están redactadas sin preocupación ni esmero, con desaliño y repeticiones de vocablos y giros. Pero allí se siente el hablista castellano, se palpa lo que yo sabía y el público ignoraba acaso: que aquel acerbo de locuciones y cláusulas que brillan en *El Moro* y *Entre primos*, no fueron buscadas en el diccionario, sino fruto de la lectura, desde que el autor tuvo uso de razón, de los grandes autores castellanos, con quienes se conaturalizó, hasta hacer tan propio su lenguaje como para usted y yo el actual idioma bogotano.

El tercer argumento que he puesto en boca del padre de usted no tiene réplica. Lo que pudiera desagradar al prójimo se puede recordar, escribir en borrador "no publicable," pero no imprimirse. Para obviar esta dificultad suprimiré en la publicación de los *Apuntes* cuanto pueda ser menos grato á cualquier persona, sin cambiar, por eso, la redacción del original. Añadiré unas breves notas para completar los recuerdos del señor Marroquín.

Sea este motivo para repetirme de usted amigo afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA

Presbítero

APUNTAMIENTOS

SOBRE RICARDO CARRASQUILLA

Especies sueltas

A pesar de nuestro parentesco, RICARDO y yo, aunque siempre nos tuteábamos, no nos tratámos sino muy poco, antes de 1840 (1).

En ese año fundó el señor Mosquera su seminario, y RICARDO y yo fuimos colocados en él como externos. Aun allí no nos tratámos mucho, y yo formé el concepto de que RICARDO era lo que los franceses llaman un muchacho *taquin*, y lo que los que hablamos castellano llamamos chuzón ó zumbón. Yo mismo fui objeto de una de sus burlas.

El seminario se disolvió en Noviembre del año mencionado, con motivo de los sucesos de la gran semana; y, cuando volvió á abrirse, RICARDO no volvió á sus claustros. Yo no seguí viéndolo sino accidentalmente y raras veces.

RICARDO se formó y se educó por sí mismo, y puede decirse que solo. Y tal vez aun los primeros pasos que dio, desde que salió de la niñez, los dio por su propio dictamen (2)

(1) En 1826 se casó el Coronel de la Independencia don Pedro Carrasquilla con Doña Cruz Ortega y Nariño. Era don Pedro natural de la villa de Honda, é hijo legítimo de don Tomás Rivera Carrasquilla, nacido en Sanlúcar de Barrameda, en Andalucía. Doña Cruz era hija legítima de don José Ortega, uno de los Vocales de la Suprema Junta, el 20 de Julio de 1810, y sobrina carnal del General Antonio Nariño. El Coronel Carrasquilla fue nombrado Gobernador del Chocó, y en Quibdó, capital de la Provincia, nació su primogénito don RICARDO, el 22 de Agosto de 1827. Trajéronlo á Bogotá á los once meses de nacido. Tuvo dos hermanas: Eusebia, que murió joven, y Belén, que fue institutora distinguida y falleció en 1906.

(2) Don RICARDO, huérfano de padre desde el niño, tuvo una madre admirable, de no común talento y energía. Fue ella quien dirigió los primeros pasos de su hijo y le infundió hondo, muy hondo, las creencias y virtudes que en él brillaron más tarde. Don RICARDO fue para su madre el mejor de los hijos.

Cuando pudo figurar como institutor, atribuía su prosperidad y el crédito adquirido á las coplas que había compuesto. Podía, en parte, tener razón al afirmar eso; pero en él había un fondo de formalidad, de rectitud y de piedad cristiana, conocida á primera vista por los padres de familia y por los directores de colegios que depositaron en él su confianza.

Cuando empezó á enseñar, no sabía más que lo que, entre nosotros, se necesita saber para ser lo que él había sido, esto es, escribiente en una oficina. Cuando estaba empleado en el Instituto de Cristo tenía ya cierto lucimiento; y don José Joaquín Ortiz, director de aquel colegio, lo estimuló y lo puso en comunicación con otros aficionados á las letras. Entonces empezó á cultivar la poesía y á animarse á hacer algo más que coplas.

RICARDO se casó hallándose en suma pobreza; pero no lo hizo, como tantos otros lo hacen, por atolondramiento y falta de seso, sino porque no aspiraba á brillar por el lujo y gozar de comodidades, sino á llevar vida modesta y oscura; y además, porque confiaba en la Providencia. Tal confianza no quedó burlada. De entonces en adelante no volvió á verse en apuros pecuniarios, si bien tuvo siempre que trabajar y nunca gozó de desahogo (1).

Como muchos otros hombres de talento que he conocido, era inútil para negocios. A esto contribuía mucho su innato desprendimiento, que no lo dejó habituarse á hacer cálculos ni estar en acecho de ocasiones para ganar dinero. Y no obstante su inhabilidad para negocios, fue él quien viendo los apuntamientos que yo había hecho sobre ortografía, advirtió que, si á ese trabajo se le daba la última mano, vendría á ser obra de grande expendio.

(1) Se casó el señor CARRASQUILLA con doña Emilia Ortega, su prima hermana, hija del General José María Ortega Nariño y de doña Mercedes Párraga, natural de Valencia, y apellidada por el Libertador Bolívar la heroína de Venezuela.

Distingúan á RICARDO la ecuanimidad, la serenidad y el valor pasivo para arrostrar las contradicciones menudas y los reveses graves; pero, como todos los individuos por cuyas venas corre la sangre de los Nariños, era en el fondo sumamente impresionable (1).

Esta condición de RICARDO hacía que fuera mal crítico. Si la primera impresión que recibía al leer ó al oír una poesía era favorable, ya la oía toda con entusiasmo, y declaraba que la poesía leída era lo primero que se había escrito en Colombia (2).

Por el contrario, si la primera impresión era mala, toda la composición era condenada al punto y no cabía apelación ni defensa. En tales casos, sin dorar la píldora le decía al autor: "Eso está abominable." En esto formaba contraste con Vergara y conmigo; pues siempre nos esforzábamos por dejar contentos á los principiantes, aunque nuestra conciencia nos estuviera dictando el *Eso es abominable*. Con todo, RICARDO estimuló como pocos á los escritores noveles, y en orden á esto no hizo menos que Vergara.

RICARDO, á pesar de su exquisita sensibilidad, era el hombre en quien los que lo conocimos habríamos extrañado más los extremos, los aspavientos, las manifestaciones que olieran á afectación. Porque no lo era el enternecimiento que le embargaba la voz en ciertos pasajes de sus discursos, ó cuando, en las premiaciones de su colegio, pu-

(1) Además, tenía el valor activo que desprecia el peligro y aun se complace en él. En 1854 se enroló en el ejército constitucional, y combatió, como soldado del *Batallón Salamina*, en la batalla del Puente de Bosa. Los antioqueños hicieron grabar una medalla de oro, que conservo, con esta inscripción: *Al valor del señor Ricardo Carrasquilla*. Después asistió al combate de Trésesquinas y á la toma de Bogotá, como ayudante del General Ortega.

(2) Entre los poetas que entusiasmaron así á CARRASQUILLA pueden citarse Belisario Peña, Mario Valenzuela, Jorge Isaacs, Diego Fallon y el mismo Marroquín.



blicaba los primeros premios ó tenía que encomiar los méritos de alguno de sus discípulos.

Quien veía ó trataba á RICARDO por primera vez, formaba el concepto de que era *serio* (es decir, estirado). RICARDO no empleaba para saludar ó para despedirse sino dos ó tres palabras y las profería con sequedad. *Buenos días, ¿Qué tal?, Mis señoras, Señor Arzobispo, Adiós, Hasta luego.* No acostumbraba preguntar á nadie por su salud, ni por la familia, ni mandaba memorias. Pero á poco que se le hubiera tratado, se echaba de ver que ese aparente desabrimiento era señal de la culta sencillez y de la franqueza que lo distinguían.

En la conversación tampoco tenía nada de meloso, ni creo que en su vida dirigió á nadie una expresión lisonjera de aquellas con que todos tratamos de ganarnos la voluntad de otros. Y con todo esto, á las mujeres, y no á las bachilleras ni á las viejas, sino á las muchachas, las hechizaba la conversación de RICARDO. El sabía tomar parte con espontaneidad en aquellas conversaciones de las muchachas, compuestas de frivolidades y de nonadas que son las únicas que ellas siguen sin hacerse violencia y con *entrain*. A más de cuatro vi yo llenas de asombro, al oír á aquel don RICARDO, en quien nunca habían creído poder hallar sino un pedagogo severo, cargado siempre de graves sentencias.

Aún mayor era el asombro al verlo de jarana, en noche de tertulia casera, bailando ó haciendo papel en un sainete improvisado. Para esto último tenía las admirables disposiciones que han sido comunes en la familia de Ortegas. En tales funciones tomaba parte sin *alborotarse*, pero de bonísima gana, y se divertía en ellas cuando tenía cincuenta años como si sólo tuviera veinte.

Para quien, ignorando lo que es la verdadera y genuina piedad cristiana, observara la vida y costumbres de CA-

RRASQUILLA, había en él un contraste singularísimo: el que puede ofrecer la devoción de un cristiano ferviente con cierta libertad propia de la gente mundana.

Su fe era tan maciza como la del carbonero más rudo, como la del apologista más ilustrado. El celo por la gloria de Dios y la salvación de los prójimos fue en él una especie de pasión dominante. En todo lo que se proyectaba ó se trataba, lo primero que consideraba era la influencia moral ó religiosa que podía ejercer. ¡Cuántas veces no le oí decir: "Con eso se puede hacer bien!"; y les descubría consecuencias buenas ó malas aun á cosas que parecían indiferentes. En la conversación con sus amigos, le brotaban observaciones cristianas y no raras veces argumentos nuevos para probar los dogmas de la fe. Cuando compuso sus *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*, no tuvo sino que poner por escrito lo que era materia ordinaria de sus conversaciones (1).

Fue de los fundadores, en Bogotá, de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y varias de las conferencias establecidas en diversos lugares é incorporadas á la Sociedad Central, lo reconocen como su fundador exclusivo. Por allá, hacia 1866, creamos la *Sociedad de estudios religiosos*. CARRASQUILLA fue quien concibió la idea y trabajó para que se llevase á cabo.

En ejercicios espirituales hizo muchas veces, en el rectorio mientras las comidas, conferencias con gran fruto y lucimiento. Pocos días después de unos ejercicios en que

(1) Su carácter de apologista, sus conocimientos en religión, sus servicios á la Iglesia no lo indujeron nunca á arrogarse autoridad doctrinal, á trazar línea de conducta á los obispos y sacerdotes, á dirigir la acción católica. Con el Arzobispo, con su cura, con el menor de los sacerdotes era tan dócil como un niño.

Tuvimos ocasión de oírle al Ilmo. Sr. Arbeláez, poco antes de su última enfermedad, estas palabras dirigidas al señor CARRASQUILLA: "Don RICARDO, usted es uno de los pocos laicos católicos militantes, de quienes nunca he tenido motivo de queja, y siempre motivo de gratitud."

Las había hecho, iba RICARDO por una calle, y de golpe le salió al encuentro un maestro barbero que había estado en los ejercicios y lo abrazó llorando: Ah! señor don RICARDO, le dijo, ¡qué lástima que usted se hubiera casado!—¿Y por qué?—Porque usted debía ser sacerdote (1).

Ahora bien; este hombre, á la vez cristiano viejo y campeón de la Iglesia, con armas y arreos á la moda del siglo XIX, tenía aficiones de *cachaco*. Entre mozos evaporados, imponía respeto que no dejaba se deslizasen las lenguas, pero por lo demás hacía tan buen papel como el mejor de ellos. Hago mención de esto, como podría hacerla de cien mil cosas más, para hacer patente que en RICARDO no había ni pizca de intolerancia ni de gazmoñería.

Si en vista de lo que acabo de decir, hubiera podido alguien tener á CARRASQUILLA por hombre mundano, en vista de otras cosas habría podido haber quien, sin conocerlo á fondo, lo tachara de frívolo. Fuera de los sainetes improvisados y de otros entretenimientos caseros, contrarios al gran tono, tenían para él atractivo irresistible los toros, las funciones de acróbatas, de prestidigitadores, de equitadores, y todo espectáculo de los que, con mayor ó menor afectación, dicen los hombres graves que se deben dejar para los niños. Y hay que advertir que él confesaba ingenuamente esta afición.

Antes de dejar de hablar de aficiones, diré que era dominante en él la que lo inclinaba á todo lo tradicional, á todo lo antiguo, á todo lo que, no siendo *confort* moderno y ostentoso, fuera *sabroso*. Para él no había cosa como ir después de comulgar á tomar chocolate en la tienda de don Pastor Losada.

Llegó casi á viejo sin haber viajado más que hasta Chapinero por el Norte, hasta Fontibón por el Oeste, y hasta

(1) Un eminente jesuita colombiano declaró, en una plática de ejercicios en Cajigas, que debía su conversión al catolicismo y su vocación sacerdotal y religiosa á unas conferencias de don RICARDO CARRASQUILLA.

La Peña y Tunjuelo por los otros dos puntos. Esto hizo que tuvieran para él encanto infinito los paseos que hizo á Chiquinquirá y al Magdalena. Cuando refería estas excursiones, le infundía á uno vivo deseo de haberlas hecho con él. Se conocía que no había perdido nada de lo sabroso que pueda encontrarse en uno de nuestros viajes á la antigua, y que todo lo había saboreado deliciosamente.

Tan campechano era, que se recreaba lo mismo asistiendo á una magnífica ópera ó alternando en una conversación con personas discretas y de ingenio, que ejercitándose en juegos de niños: tenía, verbigracia, grande afición á echar cometa. De muchacho no había andado en zancos; un día que teníamos unos á la vista, le propuse que los tomara; y, sin titubear y sin dar un paso en falso, echó á andar en ellos. No hay para qué decir que lo hechizaba todo lo campestre, con especialidad montar á caballo.

Tales aficiones no probaban frivolidad, ni apocamiento de espíritu sino aquella frescura juvenil que sólo es dado conservar en edad madura á los privilegiados que no se dejan inficionar por los hálitos del mundo, aunque vivan en medio de él, y que saben gozar y expandirse, aun alejados de estos refinamientos de lujo y de placer que tanto agitan y enturbian la vida en este siglo y que preparan y anuncian la decadencia y la ruina de las sociedades modernas.

Por otra parte, nadie se interesaba como él por el progreso del país y los nuevos descubrimientos científicos. Sin preciarse presuntuosamente de conocedor, admiraba muy de veras toda belleza artística. Su genial predilección por la vida modesta y *el estilo común y moderado* no se oponía á que supiera estimar lo brillante y lo magnífico, siempre que fuera de buen gusto.

Dije arriba que podría haber quien creyera observar contraste entre el fervor religioso de CARRASQUILLA y su desenfado de hombre de mundo. No había tal contraste. Lo que en él podía parecer desenvoltura era resultado, más que

de su carácter, de la facilidad con que andaba por el camino derecho. Para los que viven cayendo y levantando, no hay medio: ó el ascetismo ó la disolución. CARRASQUILLA no necesitó entregarse á los rigores del ascetismo "para evitar el pecado mortal." Los que para otros habrían sido peligros y tentaciones, para él no lo eran.

Su libertad de espíritu era pasmosa. En ciertas épocas estuvimos confesando y comulgando juntos cada ocho días; y yo veía que se preparaba para los sacramentos en un abrir y cerrar de ojos. Yo le decía que era indispensable meditar, y él me respondía con aire de quien no piensa en lo que está diciendo: "Pues paseándose, ó haciendo cualquier otra cosa, puede uno hacer las reflexiones necesarias" (1).

RICARDO no rezaba sino muy poco y no se afanaba por inscribirse en hermandades. Pero le encantaban las prácticas religiosas antiguas y sencillas, como los pesebres ó nacimientos de Nochebuena, las novenas de la Inmaculada y del Niño Dios, la práctica de enflorar la cruz de Mayo y la de saludar al progenitor ó al amo, recitando el *Bendito*. Le cargaba mucho el que se hiciera distinción entre la religión y la moral. ¡Cuánto le agradó la respuesta de un indio de Nemocón, muy viejo, que para informarlo de que su mujer había muerto, le dijo: "alzó de obra!"

La caridad de RICARDO con los pobres era inagotable. A los que iban á su casa, y la casa de RICARDO estaba el

(1) Muy profundas tuvieron que ser aquellas reflexiones, hechas en apariencia al desgaire, que produjeron la integridad de aquella vida y dieron materia á las conferencias religiosas que convirtieron pecadores, como los sermones del sacerdote más docto y dado á la contemplación.

En 1881 se dieron ejercicios á los presos del Panóptico de Bogotá. Un presidiario se resistió tenazmente á confesarse. Decía que era inocente del crimen porque estaba condenado y que no podía perdonar á su calumniador. CARRASQUILLA fue, como socio de San Vicente, á preparar á los presos para confesarse. Les hizo el Viernes Santo una explicación de la palabra del Salvador: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*. El rehacio pecador empezó á sollozar, y acabó por gritar en medio del concurso: *Si me confieso, si perdono*.

día entero llena de pobres, los recibía en la sala ó en el escritorio; tenía con ellos aquellas urbanidades que dije arriba no acostumbraba con las personas de alcurnia; se interesaba y se conmovía con el relato de infortunios y dolencias, no dejaba ir á ningún pobre con las manos vacías, á menos que se hubiera agotado la última moneda de la gaveta, el último pan de la despensa, y la última prenda del ropero (1).

Todas las modestias debían ser como la modestia de CARRASQUILLA. El no ocultaba ninguno de sus defectos, ni ninguna de sus prendas. Jamás hizo alarde de ninguna virtud, de ningún talento, de ninguna habilidad, de ninguna ventaja; y jamás se disculpó ó excusó de lo que pudiera serle desfavorable, nunca negó el mérito que los demás le atribuían.

Su ingenuidad llegaba á tal punto, que cierto día en que se estaba hablando de manos bonitas, uno de los presentes dijo que las de RICARDO lo eran (y dijo mucha verdad), RICARDO se las miró, y dijo: "Hombre, de veras; yo no lo había notado, son las de mi madre" (2).

(1) El señor CARRASQUILLA padeció, en los últimos años de su vida, fuertes accesos de asma. Un día, que estaba con uno de ellos, en la alcoba, oyó que las señoras de la casa despedían á una pobre vergonzante, diciéndole que no tenían qué darle. Un rato después, don RICARDO se puso el sombrero y, fatigado y anhelante, subió hasta el barrio de Egipto á llevarle á la infeliz la suma que había solicitado. Súpose este rasgo, meses después, de boca de la favorecida.

(2) Esta modestia del señor CARRASQUILLA nacía de su profunda humildad cristiana, sencilla é ingenua como la de los niños chiquitos, que es el modelo propuesto por el Salvador; no aquella otra humildad falsa, y por falsa antipática y repelente, que sirve de escudo contra las censuras y de anzuelo para los elogios, y que el P. Alonso Rodríguez llama *humildad de garabato*.

El ápice de la humildad es el perdón de las injurias. Le oímos decir á don RICARDO: "Pagaría yo porque me injuriaran, porque es tan sabroso perdonar!" Un señor publicó, en cierta ocasión, una violenta diatriba contra el señor CARRASQUILLA y contra su colegio. A poco vino á suma pobreza, y entonces don RICARDO se vengó pidiéndole que le per-

CARRASQUILLA no hacía nada siguiendo máximas de las que han inventado y adoptado los que malamente llama el mundo filósofos, y que en realidad son ó maniáticos ú hombres vanos y afectados. El procedía siempre, como deberíamos proceder todos, con aquella naturalidad que únicamente estamos seguros de encontrar en los niños (1). En esto fue igual CARRASQUILLA á todos los hombres verdaderamente serios y estimables que he conocido.

Quien, sin haber ahondado en el carácter de RICARDO, fuera á formar concepto sobre lo que él debía ser en política, lo formaría muy errado, si sólo viera en él al cristiano fervoroso, al hijo humildísimo de la Iglesia, al católico propagandista. "Ese hombre, diría, ha debido ser el más intransigente, y ha debido mirar con horror á los liberales. Hasta ha debido tener fuertes simpatías por Fernando VII."

Pero no hubo jamás admirador más ferviente que RICARDO de los próceres y los héroes de la independencia; ninguno profesó como él franca y cordial amistad á sus

mitiera admitirle á un hijo interno en el colegio, sin pagar pensión, hasta concluir los estudios. Lo tuvo por varios años, é hizo de él un hombre que ha brillado por su talento y virtudes.

(1) En cierta ocasión, un personaje se creyó aludido en una letrilla de D. RICARDO, resolvió desafiarlo y le mandó sus padrinos. Presentáronse ellos con aquel aire fingido de tétrica gravedad que parece ser de rigor en tales casos.

—Díganle á X. que no me bato, porque tengo miedo.

Y sin una palabra más los despidió secamente.

Pocos días después se encontró con el señor X. y lo saludó como si nada hubiera pasado.

—¿Es cierto que usted tiene miedo de batirse conmigo?

—Sí, señor.

—¿Miedo de qué?

—De dejar viuda á mi mujer, huérfanos á mis hijos; de cometer un homicidio si yo lo mato á usted; de irme derecho al infierno, si usted me mata á mí. ¿Le parecen pocos motivos?

El otro le estrechó cariñosamente la mano.

adversarios en creencias y opiniones. Por Samper tenía profundo cariño, aun antes de su conversión, y no era menor el que profesaba á Ricardo Silva. Se lo tenía cordialísimo á Salvador Camacho Roldán, á Ricardo Becerra, á Antbal Galindo, á Teodoro Valenzuela, á Rafael Eliseo Santander, y á otros de aquellos que se ligaron á él, mediante la afición á las letras. Y no era que, por debilidad, les hiciera buena cara y excusara el contradecirlos: siempre que había ocasión, se les encaraba resueltamente, y sin dar lugar á que se suscitara una enfadosa disputa, les contradecía, si soltaban alguna expresión poco ortodoxa; ó, si no era el caso de contestar algo que hubieran dicho, no vacilaba en hacer delante de ellos la afirmación más capaz de escandalizarlos (1).

Ya he dicho que CARRASQUILLA se educó á sí mismo. Sus primeras tareas pedagógicas le sirvieron para instruirse en todo lo elemental, y gradualmente fue adquiriendo, á fuerza de talento enorme y de estudio tenaz, el conocimiento de las materias que tenía que enseñar. En su *Liceo de la Infancia* aprendió la gramática castellana y la lengua francesa, que conocía á fondo; se hizo historiógrafo y matemático y filósofo (2).

(1) Muchas veces le oímos al señor CARRASQUILLA, al disputar con Camacho, Valenzuela, Silva ó Galindo, aquellas que un español llamaría atrocidades. Se nos iban y venían los colores á la cara, aguardando el peor de los desenlaces. Pero aquellos señores, que no habrían tolerado cosa semejante en otra boca, sonreían de contento, como el abuelito ante las diabluras del nieto preferido. Y no porque tomaran á niñerías las sentencias de CARRASQUILLA. Samper afirma que á ellas debió su conversión á la fe; los otros las respetaban y temían; pero lo querían tanto, que no lograban enfadarse. Cuando CARRASQUILLA escribió los *Ecós de los zarzós*, la más regocijada y furibunda censura al General Mosquera, llamó para leersele á todos sus amigos mosqueristas. Rieron como muchachos. CARRASQUILLA bien sabía que sus adversarios políticos eran sus íntimos amigos, eran perfectos caballeros.

(2) En historia y matemáticas, el señor CARRASQUILLA aprendió lo que se hallaba en los libros más adelantados de su tiempo. El elogio del señor Murroquín es exagerado. Pero no lo es tratándose de la filosofía. CARRAS-

De lo único que tuvo maestro fue de latín: con Carlos Martínez Silva y con Emiliano Isaza, y creo que también con su hijo Rafael (1), estuvo, por largos meses, recibiendo lecciones de Miguel Antonio Caro. Literato se hizo mediante la lectura, y el trato con todos los hombres que, en Bogotá, cultivaban las letras (2).

A que aprovechara las singulares dotes que había recibido de la naturaleza para ser orador, contribuyeron su celo religioso y su profesión de institutor (3).

QUILLA fue uno de los poquísimos colombianos que no se limitaron a aprender a Tracy, ó á Balmes, ó á Ginebra ó á Spencer, sino que se formaron para sí y para los demás, un sistema filosófico completo, fundado en el pensamiento ajeno y completado con el propio.

Su temperamento, su carácter, lo inclinaron más á lo ideal que á lo experimental: era más discípulo de Platón que de Aristóteles, más de San Agustín que de Santo Tomás. Sus autores predilectos eran De Maistre, Augusto Nicolás y Balmes. Pero del primero no recibía la identificación entre la causa de la monarquía y la de la Iglesia; rechazaba en el segundo la tendencia tradicionalista, y no aceptaba al tercero sino con beneficio de inventario.

Así como no se escribe el *Catecismo de la Doctrina Cristiana* del P. Gaspar Astete, sin ser teólogo profundo, así no se producen los *Sofismas anticatólicos* sin ser profundo filósofo.

Cuando el autor de estas notas estaba acabando de estudiar teología, le dijo un día el señor CARRASQUILLA que le explicara la divergencia entre tomistas y molinistas respecto á la gracia y la predestinación. Dijole el seminarista lo que su catedrático le había enseñado, y don RICARDO repuso: —La doctrina tomista debe ser la verdadera. —¿Por qué, padre? —Porque Molina deja más satisfecha la razón, pero Santo Tomás deja más á salvo la grandeza, y el poder y el dominio de Dios. Esta respuesta basta para pintar á un hombre.

(1) Y cree bien.

(2) Lectura significa dos cosas. “Dos clases de lectores hay, decía don Diego Fallon, unos que siempre pasan las hojas de atrás á adelante, y otros que las pasan, á menudo, de adelante á atrás.” Vimos al señor CARRASQUILLA, durante varios meses, detenido en una página. No pertenecía á ninguna de las dos clases descritas por Fallon.

(3) Párrafo es éste de verdadero crítico. El orador necesita un dón natural. Aquel aforismo: *el poeta nace y el orador se hace, es una de las mayores tonterías que haya inventado el vulgo. Hacer á Cicerón es*

Entre cuantos hombres inteligentes y cultivados he conocido, ninguno ha aventajado á CARRASQUILLA (considerado como orador y como poeta) en facilidad, en naturalidad, en falta de pretensiones. Ni á él mismo se le hubiera ocurrido jamás tenerse por erudito, ni á nadie podrá ocurrírsele calificarlo como tál. Lo que había estudiado en largos meses en la *Summa* de Santo Tomás, lo citaba, si se ofrecía citar, con aire de quien se refiere á un suelto de *El Telegrama*. Cada cosa docta que decía, la decía como si esa sola hubiera llegado á su conocimiento, ó como si por pura casualidad la hubiera oído.

En nadie habría disonado más que en RICARDO el empleo de un arcaísmo ó de otro recurso literario propio de quien aspira á pasar por clásico.

Pretendía no saber escribir en prosa, y por eso cuando estaba escribiendo algún artículo, pasaba al verso, con la misma delectación con que uno deja en la Boca del Monte la mala mula en que ha subido, y toma un coche ó un buen caballo para seguir su viaje. Tal incapacidad para escribir en prosa era pura aprensión. Lo que había era que la suma facilidad que tenía para metrificar lo convidaba á hacer versos, siempre que tomaba la pluma. Si se hubiera ejercitado en la prosa, habría sobresalido en ella; pues, con haberla escrito tan pocas veces, la que hizo se distingue por las dotes que parecen más comunes, pero que, en realidad, son las de más precio: lo terso, lo claro, lo natural.

CARRASQUILLA solía improvisar, pero en ello no había como *hacer* á Virgilio; Marco Tulio *nació* orador como Marón *nació* poeta. La oratoria es, después de la poesía—antes, dicen algunos—lo supremo del arte. Y el arte requiere la disposición natural, el *quid divinum* desarrollado por el estudio y el esfuerzo. No es orador el que no siente, el que no se inflama, el que no ama, el que no detesta. La cátedra enseña á ser claro. Nuestros mayores oradores han sido catedráticos: entre los políticos, José Ignacio de Márquez, Florentino González, M. M. Mallarino, Carlos Holguín, Nicolás Esguerra; entre los sagrados, Manuel Fernández Saavedra, Federico Aguilar, Carlos Cortés Lee.



nada admirable, porque casi todo lo que compuso en verso fue improvisado. Yo me habría admirado menos de oírle tocar en el piano una sonata de Schubert, quede verlo elaborando pacientemente una poesía á usanza de Fallon.

La primera improvisación de RICARDO de que tuve noticia fue una que hizo en Fusagasugá, por allá en 1844. Estaban á la sombra de una enredadera un amigo nuestro y una niña Cadena con quien le daban bromas. RICARDO, al verlos, prorrumpió :

Ortiz bajo el emparrado :
Agobiado de su pena,
Sólo piensa en la cadena
Que lo tiene aprisionado.

Una noche estábamos en *mosaico* en casa de Samper, é inopinadamente se nos apareció el doctor Manuel Murillo Toro, presidente á la sazón de la República. Cuando fuimos á tomar la copa precursora de la merienda, alguien le dijo á RICARDO que brindara. Se puso en pie y dijo :

Mi brindis es muy sencillo :
Aunque algunos somos godos,
Brindemos alegres todos
Por nuestro amigo Murillo.

Tenía también facultad para imitar las maneras ó estilos ajenos. Díganlo las imitaciones de Trueba que hizo en la época en que Vergara nos infundió su tierna devoción á este poeta. Por fortuna, como á RICARDO le salían sus poesías como brota el grano de la tierra, es decir, sin que úno sepa cómo, ni por qué, él estuvo á mil leguas de restringir el empleo de su talento, haciéndose imitador de poeta alguno. Aquellos remedos de Trueba fueron meras travesuras, ni más ni menos que el romance *A don Murillo*.

Al intitular *Coplas* la colección de sus poesías, y al dar siempre el propio nombre á todas sus composiciones en ver-

so, CARRASQUILLA, si bien incurriendo en una exageración y cometiendo consigo mismo una injusticia, hizo patente que conocía bien á qué linaje pertenecía principalmente el talento poético de que estaba dotado.

En efecto, CARRASQUILLA era poeta festivo, y si sólo hubiera compuesto las poesías no festivas que produjo, no ocuparía el alto puesto que merece y tiene entre los escritores colombianos (1).

Es cierto que, fuera de las composiciones jocosas, hizo varias en sumo grado delicadas y tiernas, en que expresó afectos hondos y supo excitarlos en el lector ; pero el que examine la colección de sus versos, puede echar de ver cuánto exceden en número y en originalidad los jocosos á los de otros géneros.

Y decir que las poesías festivas hacen ventaja á las otras, es mucho decir, pues entre las serias se hallan algunas como *Los soldados de Colombia*, *El abrazo*, *Por qué vencimos*, que bastarían para labrar la reputación de un poeta.

Pero si CARRASQUILLA, en sus composiciones serias, no dejó ver lo más alto de su inspiración, sí descubrió dotes de artista exquisito. Jamás incurrió en defectos de principiante, ni dejó escapar una sola expresión contraria al buen gusto.

Como el género jocosos comprende muchas especies, diré, para hacerme entender, que en lo satírico y lo humorístico era donde la musa de CARRASQUILLA travesaba más á contento.

Prueba de sus sentimientos cristianos y al mismo tiempo de su fecundidad es que, siendo inclinado á la sátira, nunca ofendió con ella á persona determinada, ó á lo menos no censuró *nominatim* sino á quien había cometido faltas pú-

(1) CARRASQUILLA, en casi todas sus poesías jocosas, encierra alguna alta enseñanza moral. Se parece á Vital Aza, á quien CARRASQUILLA no alcanzó á conocer. Son semejantes en la facilidad, en la gracia ; Aza más rico de lenguaje, CARRASQUILLA más intencionado y filósofo.

blicas y en ejercicio de públicas funciones (1). Digo que esto probaba su fecundidad poética, porque el vituperar con gracia es infinitamente más difícil cuando la censura va dirigida contra clases enteras que cuando tiene por objeto alguna persona señalada.

Hay un libro de CARRASQUILLA, el más serio de sus escritos en el fondo, el que lo acredita de filósofo y teólogo de nota, que puede, sin embargo, clasificarse entre sus más festivas composiciones: los *Sofismas anticatólicos vistos con microscopio*. En cada uno de los párrafos del ingenioso librito se presenta con soflama una comparación que hace al lector reírse en sus adentros de las paparruchas que la impiedad ha puesto en circulación.

Las composiciones humorísticas de CARRASQUILLA son inimitables, y no he escogido al tun tun el adjetivo. Estoy persuadido que es más fácil imitar á Herrera en la *Batalla de Lepanto*, que á autores que, como CARRASQUILLA, sacan de una nonada materia para hacer reír, tan de buena gana, como hacen reír *La Opera*, *Yerros de imprenta* y otros *juguetitos* de CARRASQUILLA.

RICARDO no fue jamás periodista, ni miembro de congreso, ni de asamblea, ni siquiera de cabildo.

Que no hubiera sido periodista, se explica por su genial repugnancia á cargos con atenciones menudas y prolijas, y por su aprensión de no poder escribir en prosa. El no haber tenido cargos de elección popular se justifica por la circunstancia de haber subido al poder el partido contrario en la época en que RICARDO empezó á ser generalmente conocido y estimado. Mucha curiosidad da de saber qué habría sido y á qué puestos habría sido llamado después de 1886. Lo que sí sé es que no habría aceptado destino ninguno sino obligado por la consideración de que la conciencia lo obligaba á aceptarlo.

(1) En su trato privado, el señor CARRASQUILLA jamás inventó, ni refirió ni aplaudió gracejo alguno contra el prójimo.

Como institutor, CARRASQUILLA se apartó de la rutina. Detestaba los reglamentos. Su práctica era disponer y resolver en todo lo que se ofrecía, consultando el criterio cristiano y la experiencia, y procediendo según las circunstancias. Abominaba los textos de enseñanza, y no los admitía en su colegio sino para las clases en que son absolutamente indispensables, como en las de idiomas extranjeros. No multiplicaba las órdenes, no empleaba castigos dolorosos ó infamantes, ni regañaba sino raras veces, y si lo hacía, lo hacía lacónicamente.

Me falta decir cómo se reanudaron mis relaciones con RICARDO, después de nuestro breve condiscipulazgo en el Seminario. En 1856, poco más ó menos, Felipe Pérez, á cuyas manos había caído un ejemplar manuscrito de *La Perrilla*, la publicó en la *Biblioteca de Señoritas*. CARRASQUILLA y Vergara la vieron y me escribieron una carta en que me decían que si esa perra tenía cachorros, se los mandara. Yo, que vivía entonces en *Yerbabuena*, les envié varias composiciones mías, precedidas de la dedicatoria en estilo antiguo, que después se ha publicado. En mi primera ida á Bogotá, los busqué y los encontré atareadísimos en la empresa de coleccionar y publicar las poesías de Mario Valenzuela. En esos días todos tres nos vimos con Pepe Santander, y él nos invitó á que fuéramos á su casa ciertas noches á tomar *chocolate de media canela, fumar y mentir, de cuatro á seis horas, como decía el canónigo Saavedra*. Ese fue el origen de los *mosaicos* (1).

Hacia la época mencionada, fue cuando RICARDO vio mis trabajos ortográficos y tomó á pechos, con grande eficacia, el que yo les diera la forma que les di.

(1) En el discurso académico, respuesta al del doctor Liborio Zerrada, publicado en el número 60 de esta REVISTA, hablamos detenidamente del *Mosaico*.

Mi amistad con RICARDO no fue literaria, como fueron muchas de las que él y yo tuvimos con otros. La que nos unió fue infinitamente más seria, más íntima y más sólida que la que hubiera podido deberse á una afección que nos fuera común. A esa amistad debí mucho como cristiano. Sus conversaciones tuvieron, sin que ni él ni yo nos lo propusiéramos, el resultado de aficionarme á los estudios, á las reflexiones y observaciones que tienden á probar ó á hacer resplandecer las verdades católicas. Yo no he sacado partido de esa afición en beneficio de los demás, ó sólo la he sacado como institutor; pero á mí mismo me ha servido grandemente.

A CARRASQUILLA y Vergara les debí también el desenvolvimiento de mi afición á las letras: sin el trato con ellos, yo no habría hecho más de lo que ha hecho algún pariente mío: habría compuesto una décima de cuándo en cuándo y se la habría mostrado á algún santafereño aburrido.

En CARRASQUILLA tuve, además, un buen consejero en ocasiones críticas, y tuve quien, con corazón de verdadero amigo, compartiera mis penas cuando no había consejo que pedir para poder remediarlas (1).

Y ya que hablo de RICARDO considerado como amigo, añadiré que como tal no era delicado ó quisquilloso, ni exigente; de suerte que el ser amigo suyo no era una sujeción. Tengo seguridad de que, si se le hubieran muerto en un día su mujer y sus hijos, y yo no le hubiera dado el pésame, él no habría variado para conmigo. RICARDO no sabía llevar cuenta de visitas ni de cartas.

J. MANUEL MARROQUÍN

Abril de 1894.

(1) El señor CARRASQUILLA poseía el dón de aconsejar sabiamente. Lo que dice el señor Marroquín, lo dirían, si se presentara la ocasión, muchas personas que aún viven. Podríamos citar nombres de lo más eminente que tenemos en Colombia, que se dejaban dirigir en todos sus asuntos por el señor CARRASQUILLA.

ADICIONES

A los datos no consignados por el señor Marroquín y que he puesto en notas al pie de las páginas, añadido, á modo de apéndice, otros, para completar el fidelísimo retrato íntimo de mi padre.

SUS LECTURAS

Leía y estudiaba mucho, pero no muchos libros. Prefería leer los que más le agradaban. Ya dije que, entre los filósofos, eran objeto de su preferencia Balmes, Augusto Nicolás y De Maistre. De las *Veladas de San Petersburgo* decía que era el mejor libro que se habla escrito en el siglo XIX.

De autores ascéticos, había leído á San Francisco de Sales, á Granada, á León, á Malón de Chaide y al P. Alonso Rodríguez; pero su obra predilecta, la que no soltaba de las manos, era la *Imitación de Cristo*. Mudaba cada rato de ejemplar, porque le regalaba el de su uso á la persona que iba á buscarlo en solicitud de consejo en las dudas ó consuelo en las penas.

A la iglesia no llevaba devocionario, excepto en los oficios de semana santa. Oía toda la misa de rodillas, apoyados los brazos en el puño del bastón, con los ojos cerrados y sin despegar los labios.

En punto á literatura castellana, conocía á fondo los poetas clásicos, en las colecciones de Quintana y de Mendive y Silveira; no le era extraño ninguno de los del siglo pasado; pero tenía marcada predilección por los hispanoamericanos. Era admirador de Bello, pero más que en las *Silvas americanas*, en las imitaciones de Víctor Hugo. Por Ortiz, como poeta, tenía veneración no menor que la que le profesaba como bienhechor y como apologista. *La última luz* era lo que más le gustaba de Ortiz. Belisario Peña lo hechizaba, y nadie ignora el juicio altísimo que tenía formado de Fallon. Pero su autor poético favorito era José Eusebio Caro. Sabía de memoria todos los versos del cantor de Delina; y yo lo oía á menudo, paseándose solo en su cuarto, recitar con énfasis estrofas de Caro. Después seguían para él, Rafael Pombo y José Antonio Calcaño. Se deleitaba sobre manera con la composición *Liendo ó el valle paterno* de Casimiro del Collado.

Como se ve, mi padre, nacido y educado en la época romántica, no se contagió con las exageraciones de los imitadores de Zorrilla y Espronceda, y sus autores predilectos eran los de gusto más exquisito. Lo mismo se advierte, como arriba lo apuntó el señor Marroquín, en los versos que mi padre compuso.

Extraño parecerá, pero es cierto que no recitaba nunca poesías jocosas, ni mostraba entusiasmo por ningún poeta festivo.

EL ORADOR RELIGIOSO

Al tratar de él como orador, forzoso es clasificarlo, con algunas reservas, entre los oradores sagrados. No tenía el carácter sacerdotal que unge los labios del predicador con el óleo sobrenatural, ni poseía la autoridad docente recibida de Jesucristo mismo, ni su teatro era el templo de Dios vivo, ni su vestidura la de los ministros del Altísimo. Su calidad de secular le permitía modos y recursos oratorios vedados al sacerdote. Pero, hechas estas distinciones importantísimas, los discursos de mi padre eran, si no sermones á lo Bourdaloue, sí conferencias al estilo de las de Nuestra Señora de París.

No redactó jamás un discurso de antemano, ni aun tomó notas escritas ni hizo apunte alguno. Se preparaba paseándose en su cuarto ó en los corredores; trazaba el plan, concebía y ordenaba las ideas, pero dejaba la forma confiada al calor del discurso mismo.

Así dispuesto, subía á la tribuna. Era de elevada estatura, grueso y bien formado, con rostro en que se hermanaban la gravedad y la dulzura. Tenía voz de bajo profundo, pero tan sonora que se dejaba oír en los más dilatados recintos. Fluía á torrentes la palabra sin una vacilación, sin repetirse, sin una muletilla ni un tropiezo. La acción oratoria era amplia, majestuosa, solemne. El discurso, al calor que brotaba de aquel pecho, encendía el verbo como ascua; y todas esas condiciones producían en los oyentes una impresión tal, que no se borraba después por entero, en todo el curso de la vida.

Jamás calcó sus discursos sobre plan ajeno. Aun las verdades más conocidas, los argumentos más trillados se remozaban al pasarle por sus labios. El hábito de enseñar en la cátedra hacía que los pensamientos estuvieran en el orden más perfecto, y

que fueran tan claros como el agua pura. *No le entendí*, es frase que nadie, por rudo que fuera, pronunció nunca al oír á mi padre.

Entonces no había taquígrafos en Bogotá, y los discursos del insigne orador católico se perdieron para siempre. Pero quiero valerme de esta ocasión para declarar que algunos sermones míos que han gustado, ciertos fragmentos de discurso que han alcanzado algún aplauso, han sido calcados sobre conferencias ó pasajes que oí á mi padre hace más de treinta años. Y ¿qué habrá quedado de esos trozos al pasar, desteñidos, casi borrados por el tiempo, de aquella mente y aquellos labios á mi tímida fantasía, á mi lenta dicción?

Me acuerdo del exordio de una conferencia pronunciada en la iglesia de Zipaquirá, al inaugurarse la *Juventud católica*, me parece que en 1874:

“Camilo Antonio Echeverri empezó, en ocasión memorable, un discurso con estas palabras: Siento algo como miedo, algo como rabia. Yo también siento miedo, por el lugar en que estamos, lleno de la majestad de Dios vivo; por la grandeza del asunto que voy á tratar; por el número y la calidad de mis oyentes. Pero no siento rabia, sino amor; amor á Jesucristo, mi Redentor muerto por mí; amor á la Verdad, que es Dios mismo y cuyas máximas voy á recordaros; amor á la Iglesia, mi madre, por quien daría gustoso la vida; amor á vosotros, que sois mis hermanos, porque nacimos de las manos y del soplo de Dios, renacimos de *las vivas fuentes del bautismo*, somos herederos de un mismo reino, y ciudadanos de una sola patria, la libre Colombia, rescatada con el heroísmo y la sangre de nuestros mayores.”

EL INSTITUTOR

A más de los datos exactos que trae el señor Marroquín, daré algunos otros sobre mi padre, en calidad de institutor. Su labor educadora fue una de las más extensas, profundas y durables que haya habido en Colombia.

Jamás hubo lecciones más amenas que las suyas, aunque enseñara las materias más áridas, como álgebra ó lógica. Los jóvenes, los niños mismos preferían *la clase de don Ricardo* á cual-

quier pasatiempo propio de su edad; y con todo, donde él me los enseñaba, era en las aulas. Trataba á sus discípulos como amigos, como camaradas, sin la menor mengua de la autoridad y el respeto; conversaba con ellos como lo hacía con el hombre más ilustrado, se interesaba por los asuntos de los muchachos, les inspiraba la más viva confianza, se hacía consejero de sus dudas y confidente de sus penas.

Reemplazó los castigos dolorosos, universales en su tiempo, por la vigilancia más nimia; pero tal que no era carga ni humillación, ni motivo de inquietud para los alumnos. Al mismo tiempo inventó una serie no interrumpida de estímulos que no dejaban en inacción ni á los más perezosos.

Le debí mi educación desde que tuve la primer percepción en la cuna, hasta que entré interno al seminario; y todavía en los tres años primeros de mi sacerdocio, últimos que vivió sobre la tierra, tuvo decisiva autoridad sobre mí. Nunca me alzó en brazos, ni aun de pequeñito, no me besó ni me hizo caricias jamás; no me tuteaba, y me enseñó á tratarlo de *sumerced*, y á decirle *Padre*, á secas. Y me inspiró para con él un amor tal, que no creo me quepa en el corazón afecto natural más intenso y vivo; se ganó mi más absoluta y ciega confianza, hasta el punto de confiarle mis propias faltas; se hizo mi amigo íntimo, irremplazable y después no reemplazado.

No estuve con él en el colegio sino en una clase de religión, ni yo alcancé á estudiar en aquella época sino las materias elementales. Y, sin embargo, sin darme clases, ni señalarme lecciones ni tareas, ni hacerme leer por mi cuenta libro alguno, cuando llegué al seminario me admitieron directamente con lo que sabía, á los cursos de teología sagrada.

Estudió mi carácter é inclinaciones naturales; y él, poeta de la escuela romántica, me hizo amar y estudiar los autores del más puro clasicismo; él, seguidor del idealismo sano en filosofía, me forjó discípulo devotísimo y convencido de Santo Tomás.

Jamás me hizo la más ligera insinuación sobre el estado ó la profesión que yo hubiera de abrazar. El día que le comuniqué, antes que á nadie, mis deseos de entrar al seminario, no manifestó sorpresa, ni alegría, ni pena. Me dio unos pocos consejos, que mucho me sirvieron en el corto tiempo del estudio y me han aprovechado en los ya largos del sacerdocio. ¡Ojalá los hubiera yo observado mejor!

LA VIDA ÍNTIMA

Mi padre era gran madrugador. Jamás se dejó sorprender por la luz del día en la cama, y eso aunque hubiera trasnochado la víspera.

A las siete de la mañana estaba en la puerta del colegio, para recibir los estudiantes externos. Después emprendía un largo paseo á pie, al cual lo acompañaba yo de ordinario. En los últimos años se nos juntaba el señor don Diego Fallon. El término de aquellas caminatas eran Puente Aranda, Chapinero ó San Cristóbal. Una vez me llevó hasta Guadalupe, y regresámos poco después de la hora ordinaria.

Almorzaba á las nueve de la mañana, é inmediatamente se dedicaba al trabajo del colegio y del estudio hasta la; dos, hora en que comía. No lo vi una sola vez atafagado, ó dando señales de cansancio, ó con muestras de afán. Después de comer y de un cuarto de hora de reposo, volvía á la labor hasta las cinco. Tornaba á pasear, esta vez generalmente á San Diego. Fue en esos paseos donde vi á casi todos los personajes de las letras y la política *temporibus illis*. No trabajaba por la noche. Nos reunía á todos y nos hechizaba, y enseñaba con su animada é interesantísima conversación. Si no estaba invitado fuera, se recogía temprano.

Era aseadísimo en su persona. Sus vestidos, sin llamar la atención, no se conformaban por lo general con la moda. Por la calle llevaba sobretodo de color oscuro, sombrero de copa y grueso bastón que se echaba generalmente al hombro.

No pidió jamás á mi madre, ni á nosotros, ni á los criados cosa alguna para su servicio personal. Por ejemplo, si deseaba un vaso de agua, iba al comedor á servirselo; si le hacía falta un pañuelo, acudía al escaparate á sacarlo. En el colegio lo vi regañar alguna vez; en casa ni una sola.

Era muy parco en la mesa, y no advertía la calidad de los platos que le servían. No fumaba, ni tomaba en casa vino ni licores. Pero no hacía alardes de puritano y temperante en casa ajena, sin dejar por eso de ser sobrio y moderado.

INFLUENCIA LITERARIA

Si algún título tiene Colombia al respeto y estima de las naciones hispanoamericanas y al de España misma, son sus méritos literarios; nuestros laureles han sido ganados en el campo de las bellas letras. Ellas, haciendo amigos personales de los adversarios políticos, han suavizado en parte nuestras acres contiendas, é impedido que las guerras civiles lleguen al grado de ferocidad que las ha distinguido en otras naciones latinas del nuevo mundo. Los que han estimulado el cultivo de la literatura han sido beneméritos de la patria y la civilización.

Entre ellos, después de don José Joaquín Ortiz, merecen la primacía los socios de *El Mosaico*, en especial José María Vergara y RICARDO CARRASQUILLA. Ya el señor Marroquín nos dijo arriba cuánto les debió, en particular al segundo; y los pintó "atareadísimos en la empresa de recoger y publicar las poesías de Mario Valenzuela."

Vergara, que vivía husmeando, como los avaros las ganancias, jóvenes á quiénes estimular y ensalzar, llevó una noche del año 1864 al Mosaico á Jorge Isaacs, mozo hasta entonces ignoto, recién llegado del valle del Cauca. Leyó el novel poeta algunas de sus composiciones en verso, y quedó resuelto por todos los presentes apadrinar á Isaacs y costear á escote la publicación de las poesías. La edición tiene un breve prólogo firmado por J. M. Samper, J. Manuel Marroquín, Ezequiel Uricoechea, RICARDO CARRASQUILLA, Aníbal Galindo, Próspero Pereira Gamba, Diego Fallon, J. M. Quijano Otero, Rafael Samper, Teodoro Valenzuela, J. M. Vergara Vergara, Ricardo Becerra, Salvador Camacho Roldán y Manuel Pombo.

Poco después el señor Isaacs habló del plan de una novela caucana que tenía formado en la mente. Se lo hicieron exponer, narrar la acción; lo animaron á empezar á escribir, aplaudieron cada capítulo que iba presentando, ayudáronle á la corrección de manuscritos y pruebas, y al fin apareció *María*, la joya más preciada de la literatura novelesca en Colombia.

CARRASQUILLA y Vergara descubrieron otra piedra preciosa, en estado nativo y sin tallar, en un trapiche cercano al pueblo del Colegio. Don Eugenio Díaz, con un prodigioso talento natu-

ral de observación, había escrito una serie de cuadros, rebosantes de verdad, de vida, de colorido local, sobre gentes y costumbres de tierra caliente. Tomaron los dos amigos los informes manuscritos, los ordenaron y diéronles enlace; corrigieron, rehicieron más bien, la redacción y publicaron la célebre *Manuela*.

Por los años de 1860 habían llegado á Bogotá los escritos de Larra y los de Mesonero Romanos. Los del *Mosaico* resolvieron explotar aquella mina por su cuenta, y empezaron á ensayarse en los cuadros de costumbres. Aquello sirvió para que se revelaran los talentos de Ricardo Silva y José David Guarín, para que Marroquín y Vergara produjesen lo más ático y delicado de su haber en prosa, y apareciesen dos gruesos volúmenes de *Cuadros de costumbres*, donde hay verdaderas joyas literarias.

Finalmente, varios de los hombres que después figuraron con honra en las letras colombianas, fueron discípulos del *Liceo de la Infancia*, que así se llamaba el colegio de mi padre, y dirigidos por él, hicieron sus primeros ensayos. Citaré, entre muchos, á los señores don Ruperto Gómez, don Carlos Martínez Silva, don Ignacio Gutiérrez Ponce, don Francisco A. Gutiérrez.

SU MUERTE

Mi padre había sido hombre de robustez y salud físicas á toda prueba. En los últimos años empezó á padecer, de tarde en tarde, accesos de asma, á los cuales no dieron importancia ni él mismo, ni los médicos que consultó.

A fines de Noviembre de 1886 me fui á pasar vacaciones á Medellín. Salí á acompañarme hasta la plazuela de San Victorino, donde tomé el carruaje que me debía llevar á Facatativá. Mi padre, al despedirnos, me dio un estrecho abrazo. El último para mí. No le volví á ver sobre la tierra.

El 13 de Diciembre se sintió muy mal del pecho. Tres eminentes facultativos diagnosticaron bronquitis catarral, sin gravedad ni peligro. Aunque estaba sufriendo mucho, no guardó cama. El 24, por la mañana, se levantó y pidió que le llamaran al doctor José María Plata, su confesor. Díjole que él sentía que no le quedaban sino pocas horas de vida, que iba á disponerse á morir haciendo confesión general, y que le rogaba que, á mi

vuelta de Antioquia, me hiciera algunas recomendaciones, que el doctor Plata me comunicó más tarde.

Al salir el confesor, entró una de mis hermanas. Mi padre le dijo: "Ya estoy listo para presentarme delante de Dios; que venga cuando quiera." Añadió luego: "Si me agravo, cuiden de hacerme poner el santo óleo." No habló de comunión, porque se habían presentado síntomas que se la hubieran impedido.—"Padre, le dijo mi hermana, hoy es Nochebuena."—"Sí, hija, hoy es mi día."

No volvió á hablar de la muerte ni de cosa alguna relacionada con ella. Por la tarde se redujo á la cama, y dijo que se sentía muy aliviado, sin opresión en el pecho y con facilidad para respirar. Al hacer un movimiento para mudar postura, los circunstantes vieron que estaba expirando. Mi madre le acercó el crucifijo y le ayudó á buen morir. El presbítero doctor Manuel José de Cayzedo, actual arzobispo de Medellín, discípulo predilecto de mi padre, le administró la extrema unción. Y sin dolor, sin agonía, sin esfuerzo, pasó aquella hermosa alma á los brazos de Dios, cuya gloria había sido "la pasión dominante" de don RICARDO CARRASQUILLA.

Su rostro no se inmutó con la muerte; al contrario, adquirió un aire de imponente y dulce majestad. Dos días y dos noches estuvo expuesto, en ataúd destapado, en la humilde salita de casa. Por allí desfilaron una multitud incontable de personas, de toda condición, todo estado, toda opinión, toda creencia. Como si hubiera existido una consigna, entraban en silencio, se hincaban ante el féretro, muchos llorando y sollozando, oraban un rato y salían.

Los jóvenes religiosos del convento de San Francisco, á quienes mi padre habla dictado gratuitamente lecciones de literatura, enviaron un hábito franciscano, con este recado: "Mandamos la mortaja que el señor CARRASQUILLA nos pidió como única recompensa por lo mucho que hizo por nosotros."

La familia deseaba que las exequias se celebrasen muy modestas en la iglesia de La Tercera; pero el señor Arzobispo Paúl y el Capítulo Metropolitano dictaron un acuerdo para que los funerales se hicieran en la Catedral, á costa de la Iglesia. El domingo 26 iba á celebrarse una procesión del Santísimo

Sacramento que salía de la iglesia de La Candelaria, para recorrer las calles adyacentes. Como mi padre murió en una casa arriba del citado templo, su cadáver pasó bajo arcos de flores, y entre el regocijado repique de las campanas. Las vastas naves no bastaron á contener el concurso, que siguió todo hasta el cementerio. Allí, no diré que hablaron, sino que dejaron desbordar el corazón los señores don Wenceslao Montenegro, don Ricardo Pardo, don Carlos Posada, don Alejo Posse Martínez, don Antonio Gómez Restrepo y don Rafael Jiménez Triana. Los dos últimos eran casi niños, y aquellas poesías fueron acaso sus primeros ensayos.

En varias poblaciones de Colombia los párrocos celebraron honras solemnes por el alma de mi padre; en diversos diarios de Venezuela, Ecuador, Perú y Chile aparecieron afectuosos artículos necrológicos.

Pocos días después del entierro de mi padre, un discípulo suyo, don Pablo E. Murcia, puso una rica y artística lápida de mármol negro en el sepulcro del amado maestro.

Ocho años después, el General don Rafael Ortiz insinuó la idea de que los discípulos de mi padre le elevaran un monumento en el cementerio. El pensamiento fue acogido con calor, y en pocas semanas, se recaudó la suma necesaria y se construyó el sepulcro. El día de trasladar á él los restos mortales del poeta, se renovaron el concurso, la emoción, las lágrimas de la otra fecha. Con mi padre no se ha cumplido la máxima de la *Imitación de Cristo*: "En quitando al hombre de la vista, preste se va también de la memoria."

A refrescar esa memoria amadísima, ha venido hoy una voz de ultratumba; voz autorizada como pocas; voz de cariño fraternal, de admiración, de reconocimiento.

Gratísimo ha sido para mí ver en esta REVISTA juntos, sin propósito de mi parte, los nombres de JOSÉ MANUEL MARROQUÍN y RICARDO CARRASQUILLA, como estuvieron ellos dos unidos en la tierra, y espero que se hallarán en el seno de Dios justo y clemente que premia y perdona.

Amabiles et decori in vita sua, in mor te quoque non sunt divisi (1).

R. M. C.

(1) *Libro de los Reyes. Cap. I, vers. 23.*

DOS CARTAS

SOBRE DON RICARDO CARRASQUILLA

Bogotá, 31 de Diciembre de 1886

Señor Presbítero don Rafael M. Carrasquilla—Medellín

Mi querido Rafael:

Esta carta no se la escribo para consolarlo, sino para desahogarme.

Usted no vio á RICARDO, por ausente; yo, porque estaba enfermo. Me habían ocultado la noticia cuidadosamente; cuando me levanté, quise irme para allá, y me la tuvieron que dar. Me dirigí á su casa, sin cuidarme de lo que pudieran decir los transeúntes al verme llorando por la calle; y, lo que no me había sucedido con nadie, no lo pude mirar; quise rezarle un responso, y no pude; le dije á mi compañero que lo rezara, y tampoco pude contestarle y me contenté con orar en mi corazón.

Me fui á la capilla y le di gracias á Dios porque había formado un alma tan perfecta.

Le di gracias por el premio que ya le había dado en el cielo.

Le di gracias por haberle dado tal madre, tales hijos, tal esposa.

Le di gracias porque me lo había dado por amigo.

Y le di gracias porque, llorando sobre la tumba de Lázaro, me quitaba la vergüenza de emparar con mis lágrimas el banco en que estaba arrodillado.

Rafael, ¿quiere usted ocupar en mi corazón el lugar que ocupó y ocupa todavía RICARDO?

MARIO VALENZUELA, S. J.

Quito, 20 de Febrero de 1887

Señorita Mercedes Roche—Bogotá

Ultimamente hemos sabido la noticia de la muerte del señor don RICARDO CARRASQUILLA. Ya puedes figurarte cuánta impresión me ha hecho. Mucho debí yo á don RICARDO, uno de mis maestros en el Instituto de Cristo, que me infundió tan buenos sentimientos de piedad y devoción á la Santísima Virgen, lo que agradezco mucho más que la educación intelectual que nos daba.

Sin duda se le puede aplicar á boca llena aquel texto de la Sagrada Escritura: *Es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos*; y aquel otro: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor*.

Yo me figuro haber asistido á la muerte de don RICARDO, y me parece verlo con el semblante risueño en que se revela la tranquilidad de su conciencia, levantados los ojos al cielo, lleno de esperanza y diciendo con San Pablo: *He terminado mi carrera, he guardado la fe, he combatido como bueno; ya solamente me resta esperar la corona que me tiene preparada el Señor, como justo Juez*. Muy justas y merecidas son las manifestaciones de dolor de la sociedad de Bogotá por haber perdido uno de sus mayores ornamentos.

JOSÉ MARÍA ROCHE

De la Compañía de Jesús

SOFISMAS ANTICATOLICOS

VISTOS CON MICROSCOPIO

(Fragmentos)

A medida que se perfecciona el anteojo se perfecciona la visión; luego el anteojo ve.

A medida que se perfeccionan los órganos del cuerpo se ejercen mejor las facultades del alma; luego la materia piensa, quiere, siente.